
HEBERTO.

(IMITACION.)

A MI ESTIMADO AMIGO
FELIX MARIA ESCALANTE.

Poco lejana de Paris vivía
En casa humilde, mas de honor dechado,
Miserable anciana que perdido había
Su esposo fiel, intrépido soldado.
Mas por egida en su dolor tenía
Un hijo bello, del esposo amado
Vivo recuerdo, en el variable suelo
Unico apoyo y fuente de consuelo.

Bello era Heberto, altiva su cabeza,
Robustas formas y mirada ardiente;
Mas leve sombra de letal tristeza
Al rostro daba una espresion doliente.
Aumentaban su noble gentileza
Rubios cabellos sobre la ancha frente,
Los labios frescos y en extremo rojos,
Color de cielo los rasgados ojos.

Una mañana que en Oriente apénas
Su disco el sol magnífico asomaba,
Agobiado el mancebo por sus penas,
Así á la anciana cariñoso hablaba:
—“Siento correr ¡oh madre! por mis venas
De gloria el fuego; mas en tí pensaba,
Pues aunque gloria y porvenir anhelo,
Temo dejarte en soledad y duelo.

“Bella es la senda que mi padre un día
Cruzó, cuando de gloria coronado
Por su rey y su patria combatía,
Y siempre con honor, siempre esforzado.
Concédeme que parta, madre mía,
Quiero gozar la vida del soldado,
Que de mi caro padre la memoria
Me inspira sed de revivir su gloria.

“Voy á Paris, el filo de mi espada
 Me dará nombre y venturosa suerte,
 Y si en la fiera lucha, encarnizada,
 No corta mi existir la cruda muerte,
 Tu seno buscaré, madre adorada,
 Y mi nombre y laurel vendré á ofrecerte.”
 Así de hinojos el doncel la dice,
 Y llorando, la madre lo bendice.

El fiel ministro Marigny, que es fama
 Que el *Justo* le llamaron, bondadoso
 Al huérfano acogió; y al ver que inflama
 Deseo de gloria al jóven animoso,
 A la guardia del rey presto le llama.
 Henchido de placer y venturoso
 La espada ciñe que blandió su padre,
 Y la nueva feliz manda á su madre.

Con el ministro en soledad vivía
 Y huérfana también, pero hechicera,
 Jóven hermosa que perdido había
 A su padre infeliz, que pereciera
 Cuando del rey el trono defendía,
 Cubierto de laurel en su carrera.
 Bondoso Marigny tierno la amaba,
 Y ella de padre el título le daba.

Blanca llamaban á la jóven bella,
 Y era blanca en verdad como la nieve
 Que allá en la cima del volcan descuella;
 Pura azucena que la brisa mueve
 En el verde jardin; lánguida estrella
 Que lanza al mundo su reflejo leve;
 Angel que deja la region del cielo
 Y viene solo para amar al suelo.

En un jardin donde al cruzar hermosa
 La dulce primavera con sus flores
 Arrojó su guirnalda, que olorosa
 Embriagaba los dulces ruseñores,
 La vírgen paseaba silenciosa
 Como vision fantástica de amores;
 Profusamente sobre el blanco cuello
 Vagaba descuidado su cabello.

Sobre la orilla de tranquila fuente
 Que retrataba el azulado cielo,
 Se asentó Blanca con la faz doliente
 Regando con sus lágrimas el suelo:
 Lloro su orfandad; y allá en Oriente,
 De la noche rompiendo el denso velo,
 Envidiosa mirábala la aurora
 Al ver que aljófara su pupila llora.

Un suspiro escuchó y á sus piés mira,
Llenos tambien de lágrimas los ojos,
Al jóven seductor por quien delira;
Que ante ella con afan puesto de hinojos,
Tímido apénas de emocion respira,
Y temiendo de Blanca los enojos,
“Perdona, dice, si á tu triste llanto
Viene á juntar Heberto su quebranto.

“Huérfano tambien soy, solo en el mundo,
Sin porvenir, sin nombre, sin fortuna,
Que al brotar mi ecsistir del polvo inmundo
Un génio malhechor meció mi cuna.
Solo escuché de mi dolor profundo
El eco aterrador, y de una en una
Ví de mi juventud las tiernas flores
Inclinarse á morir ya sin colores.

“Mas despues te miré, y aquí en el alma
Tu imágen se grabó cándida, pura,
Y de la noche en la profunda calma,
Hermosa cual la estrella que fulgura,
Gentil como en desierto altiva palma
Vagaba en mis ensueños tu hermosura,
Y despertaba tras la noche umbría
Tu imágen viendo al resplandor del día.”

La vírgen suspiró, lágrima ardiente
Surcó de rosa la sin par mejilla,
Y con la voz cortada y balbuciente
Le dijo así con espresion sencilla:
—“Fiero dolor el corazon presente,
Lúgubre el porvenir lánguido brilla. . . .
Mas ¿qué importa que el labio calle incierto,
Si grita el corazon que te amo, Heberto. . . .?”

Y el aura suspiró, y en la enramada
La tórtola sus cantos repetía,
Y en su trono de nácar reclinada
A los amantes la inocencia vía;
Y con la blanca mano delicada
Sus lágrimas preciosas recogía,
Cual ricas perlas de belleza extrema
Para adornar con ellas su diadema.

Horas dichosas que el dolor no pudo
Interrumpir con su letal veneno,
Pasaron juntos en amante nudo,
Blanca feliz, el jóven en su seno.
De la virtud bajo el brillante escudo
Se deslizaba su ecsistir sereno,
Juntos estaban al nacer el día,
Juntos cuando la luna relucía.

Una tarde que el sol iba perdiendo
 En la ancha tierra su soberbio imperio,
 Y sus rayos hermosos recogiendo
 Para llevar su luz á otro hemisferio,
 Y la noche sus sombras esparciendo
 Cual crespon luctuoso del misterio,
 Heberto por el Louvre se paseaba,
 Y en Blanca hermosa y en su amor pensaba.

Mas silenciosa, cual vision de duelo,
 Cruza una dama de figura bella,
 Cubre su rostro con espeso velo
 Y apénas deja de su curso huella.
 Miróla el jóven sin tener recelo,
 Fija amoroso su mirada en ella,
 É inconstante olvidando á Blanca hermosa
 Contempla á la velada misteriosa.

Ella tranquila se acercó al soldado
 Y así le dijo con acento ardiente:
 —“Si cual eres galan y enamorado
 Eres tambien intrépido y valiente,
 Toma este anillo, y cuando ya sonado
 Hayan las ocho, sin temor ni gente
 Espera á alguién, si no te causa pena,
 Allí á la orilla del revuelto Sena.”

Luego desapareció; y el inconstante
 Olvidando el amor de un ángel puro,
 Fuése á vestir un traje deslumbrante
 Para entregarse á su placer impuro.
 Pensativo vagaba el nuevo amante
 Cuando miró cual mágico conjuro,
 Seguido por la plebe y muy ligero
 Un misterioso y pálido agorero.

Como su negra barba, que bajaba
 En rizos mil llegando á la cintura,
 Fatídico era el saco que formaba
 Del adivinador la vestidura.
 Sonrióse Heberto, que en amor soñaba,
 Al ver la estraña y sin igual figura;
 Mas detúvole el paso en su camino
 El misterioso y pálido adivino.

Atento ecsaminó con raro empeño
 La diestra mano del doncel amante,
 Que con aire pacífico y risueño
 Miraba al silencioso nigromante.
 Mas luego el sabio con horrible ceño,
 Le dijo así, con tono penetrante:
 —“Goza hoy de tu placer, pues ten por cierto
 Que mañana, señor, estarás muerto.”

El soldado tembló con la sentencia;
 Mas pronto disipando sus temores,
 Dejó del nigromante la presencia
 Pensando en dicha, en ilusion y amores:
 —“Y si solo me resta de existencia,
 Dijo, breves momentos voladores,
 Y mi fin anunció mi aciaga estrella,
 Quiero morir en brazos de mi bella. . . .”

Aún resonaba el último sonido
 De la hora de la cita, y ya á la orilla
 Un hombre se miraba entretenido
 A un árbol sujetando su barquilla.
 Al eco repentino de un silbido
 El rostro vuelve y su mirada brilla;
 Muestra Heberto el anillo, y luego entrando
 En la barca, se aleja, y va cantando.

Bogan ligeros, y en la densa sombra
 Divisa Heberto la elevada torre
 De Nesle, á cuyo pié sirve de alfombra
 El ancho Sena que agitado corre.
 Nada al mancebo valeroso asombra,
 No hay quien osado sus designios borre,
 Que lleno de placer ve la morada
 Donde debe encontrar á su adorada.

Sube tres escaleras elevadas,
 Cruza por estraviados corredores
 Que conducen á piezas perfumadas
 Donde se inclinan prisioneras flores.
 Mil relucientes lámparas doradas
 Lanzan sus rutilantes resplandores,
 Y la mansion de una hada caprichosa
 Parece aquella estancia misteriosa.

Sobre un cojin de púrpura luciente,
 Voluptuosa beldad, de formas bellas,
 Reclinada se mira muellemente,
 Ostentando por ojos dos estrellas.
 Quiere ocultar la gasa transparente
 Las formas puras; mas lascivas ellas
 Se dejan ver, como en las claras linfas
 Los miembros delicados de las ninfas.

No mas hermosa y hechicera una hada
 Sobre lecho rural de gayas flores,
 Reposo en la pradera sosegada
 Al suspirar de dulces ruseñores,
 Ni mas hermosa en soledad callada
 La Nereida se aduerme en los calores,
 Soñando sus venturas inocentes
 Al murmurar de cristalinas fuentes.

La parte superior del rostro hermoso
 Mascarilla mendaz de crespon leve
 Oculto tiene, y negro y vagaroso
 Sobre el mórbido seno que es de nieve,
 Baja el fino cabello, que oloroso
 Un cándido jazmin sujeta aleve,
 Triste tal vez sufriendo los agravios
 De las rojas mejillas y los labios.

Cuando el jóven miró cuán bella estaba
 Con la pasión en el semblante impresa,
 Un grito dió, que acaso le arrancaba
 La admiración, la pena ó la sorpresa.
 En éxtasis la sílfid le miraba,
 Tiende una mano que el soldado besa;
 “¡Qué hermoso eres!” le dijo; y dulces lazos
 Ella le ofrece entre sus tiernos brazos.

“Permíteme, muger, miren mis ojos
 Solo un momento el seductor semblante,”
 La dijo Heberto, y á sus piés de hinojos
 Se arroja tierno el venturoso amante.
 Ella le estampa con sus labios rojos
 Ósculo ardiente, y mírale un instante:
 “No intentes conocerme” le responde;
 “Goza,” y el rostro cuidadosa esconde.

De la noche las horas se pasaron
 En voluptuoso amor. . . . mas los acentos
 De un lejano sereno se escucharon,
 Que remedaban los fugaces vientos,
 Cuando *las tres en punto* pregonaron,
 Y en bóvedas y en vastos pavimentos,
 Los ecos repitieron en conjunto,
 Lúgubres á la vez, ¡*las tres en punto!*

La dama se levanta con espanto
 Al escuchar las horas, con tristeza
 “Tan pronto!” esclama, y con mortal quebranto
 Inclina sobre el seno la cabeza.
 Duerme el doncel paéífico entre tanto;
 Muda contempla su sin par belleza,
 Siente su corazón roto en pedazos,
 Y se arroja de Heberto entre los brazos.

A la puerta escuchando tres palmadas
 Un beso imprime á su dormido amante:
 Salta del lecho, en puertas escusadas
 Desparece ligera en un instante.
 Mira el doncel al despertar, alzadas
 Las armas homicidas, y delante
 Dos horribles verdugos; mas en vano
 Busca la espada su robusta mano.

Un momento despues, pálido, yerto,
 Y descompuesto el rostro por la pena,
 En su sangre bañado y casi muerto,
 Fieros le arrojan al undoso Sena.
 Luego con el semblante descubierto,
 Con paso lento y con la faz serena,
 Se mira una muger, que aunque es hermosa,
 Tiene de furia la mirada odiosa.

“Se concluyó?” pregunta.—“Está en el río,”
 Contestan los verdugos, que enjugando
 Están el hierro, y con furor impío
 La roja sangre alevos contemplando.
 “Lástima de doncel, belleza y brío,”
 Murmuró la sirena suspirando.
 Vuelve del Louvre á su brillante estancia:
 ¡Margarita Borgoña era de Francia!!

La aurora apénas el lejano Oriente
 Con sus tintas de rosa iluminaba,
 Y á orillas de la plácida corriente
 El cuerpo de un soldado se miraba.
 Una muger tan bella cual doliente,
 Sobre el cadáver mísera lloraba;
 Era Blanca Ménier, su labio yerto
 La muerte implora por seguir á Heberto.

LA ESTRELLA DEL MARINO.

EN las horas tristes de la tarde deja el marinero el puerto para ir á desempeñar el rudo oficio de pescador; esplotando las ondas como el labrador los bellos campos de la tierra. Su ligera barquilla se desliza con la rapidez de una flecha, y parece de léjos el alcion de los mares, que precede á las tormentas. Las llanuras del mar como las de la tierra tienen tambien sus aves que recrean la vista de los navegantes, y cuyos solemnes graznidos despiertan graves ideas, á diferencia de las aves terrestres, cuyos melífluos trinos infunden sensaciones suaves y voluptuosas. Todo en el mar es mas grandioso y sublime que en la tierra. La tarde está hermosa: el Océano muestra sus nítidos cristales tan tersos como los de un estanque; celages de oro adornan el azul glorioso de los cielos cual si fuesen cortinages de terciopelo, y ondulan graciosamente al impulso de las auras marinas llenas de frescura, que acarician los cabellos del marinero con dulce vaiven;